

# **Hacerse cargo del tiempo. Aportes para la interpretación de las violencias y la dominación neoliberal para pensar en alternativas políticas emancipatorias.**

Jaime Marino.

Cita:

Jaime Marino (2019). *Hacerse cargo del tiempo. Aportes para la interpretación de las violencias y la dominación neoliberal para pensar en alternativas políticas emancipatorias. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/51>

Título Ponencia: *Hacerse cargo del tiempo. Aportes a la interpretación de las violencias y la dominación neoliberal para pensar en alternativas políticas emancipatorias.*

Autor: Jaime Marino

Eje 1: “Filosofía, Teoría, Epistemología, Metodología”.

MESA 11: “León Rozitchner y el problema del sujeto. Cristianismo, capitalismo y subjetividad”.

Institución de pertenencia: Facultad de Ciencias Sociales-UBA

E-mail: [jaimemarino.arg@gmail.com](mailto:jaimemarino.arg@gmail.com)

---

Resumen:

Esta investigación se funda en la necesidad política actual de indagar en las formas de violencia y de dominación neoliberales. En este sentido, su interpretación y comprensión permiten ahondar en formas críticas de pensamiento y de acción que aporten a la configuración de alternativas de poder emancipatorias. En virtud de ello, la obra de León Rozitchner nos proporciona un andamiaje teórico-práctico fundamental para pensar las formas de violencia y dominación presentes en nuestro tiempos, tarea que resulta primordial para pensar proyectos políticos alternativos. El pensamiento de este autor nos permitirá adentrarnos en las formas de internalización del poder para comprender la violencia y la dominación típica del neoliberalismo actual, desde una perspectiva histórica. Nuestro principal interés es sin duda recuperar su pensamiento, reflexiones, discusiones, interrogantes, estética y prosa; no para desandarlos, no para desentrañarlos, no para dar respuestas, no para imitarlo. Simplemente con la intención de recuperar su impronta y traerla aquí para pensar nuestros tiempos desde su agudeza. Consideramos que la obra de León Rozitchner constituye un aporte fundamental a la tradición crítica del pensamiento argentino y latinoamericano, sirviéndonos de herramientas claves para interrogar a nuestros tiempos.

Palabras claves: Violencia, dominación, neoliberalismo, subjetividad, emancipación.

---

## **Introducción**

El siguiente ensayo surge de la necesidad política práctica de pensar las formas de violencia y de dominación neoliberal para poder construir una alternativa de poder emancipatoria. El abordaje de la obra de León Rozitchner nos permitirá adentrarnos en las formas de internalización del poder para comprender la violencia neoliberal desde una mirada histórica. Nuestro principal interés es sin duda recuperar su pensamiento, reflexiones, discusiones, interrogantes, estética y prosa; no para desandarlos, no para desentrañarlos, no para dar respuestas, no para imitarlo. Simplemente con la intención de recuperar su impronta y traerla a la necesidad de pensar nuestros tiempos con tal agudeza.

Este trabajo más bien surge casi como un acto de arrojo, quizás de la simple y compleja búsqueda por empaparnos en la obra de un filósofo cuya vigencia no ha perdido en lo crítico, su

alcance práctico. Recuperar la obra de León Rozitchner coincide con la responsabilidad del sujeto actual por pensar alternativas, con la innegable necesidad de desenmascarar la lógica del poder y, fundamentalmente, con la difícil pero inminente tarea de desentrañar los mecanismos de la internalización de la dominación para poder no solo pensar esas estrategias sino, y sin dudas aún más importante, llevarlas a cabo. El sujeto es, en este sentido, dueño de su acción y, en última instancia, responsable de su sujeción. Con esta afirmación no pretendemos caer en la individualización del mismo, sino más bien, nos interesa recuperar al sujeto político en su existencia colectiva y por ende, en su historicidad.

En este sentido, las reflexiones que aquí surgirán mediante la lectura de la obra de León Rozitchner, tienen origen en una preocupación nodal por el sujeto contemporáneo. Quizás, parezca poco razonable comenzar estas reflexiones a partir de una conclusión. No obstante, considero que explicitar al lector la intuición que motiva este ensayo es un necesario deber que ayudará a quien las lea, a no perder el rumbo y a compartir -si le resultase placentero o pertinente hacerlo-, nuestra preocupación por el sujeto actual y el lugar que creemos le cabe ocupar. En consecuencia, estas reflexiones parten de una conclusión práctica. Más precisamente de una afirmación política: el sujeto de hoy debe hacerse cargo de su tiempo. Entiéndase por hacerse cargo: apropiarse, apoderarse, empoderarse y, por qué no, cargar con su tiempo pasado, llevar su presente y, quizás -propio de su condición de sujeto histórico-, tener un horizonte donde llevar el tiempo.

En el transcurrir de nuestras reflexiones iremos desglosando esta afirmación y adentrándonos en su significado y en su porqué. Lo que nos corresponde, en primer lugar, es discurrir en la relación entre el sujeto y el tiempo.

### **Otro intento intelectual por naturalizar la dominación**

*Tantas veces me mataron  
Tantas veces me morí  
Sin embargo estoy aquí resucitando  
Gracias doy a la desgracia y a la mano con puñal  
Porque me mató tan mal  
Y seguí cantando  
Como la cigarra, Maria Elena Walsh, 1984*

¿Cuántas veces más en la mismísima historia, se proclamará su propio fin? La potestad vigorosa de los sujetos por sucumbir a esta proclama, no es más que otro grito fatigado y desesperado de su trascendencia, de su pretensión por imponerse. Es un grito de poder, un grito de guerra, un grito de impotencia que surge de la imagen del tiempo que siempre, incluso de las garras

más fuertes, se escurre ¿Cuántas veces más el sujeto deberá acudir como tal a denunciar la mentira y a asumir su vivacidad? ¿Cuántas veces más deberá correr el velo de ese espectáculo de la resignación para evidenciar a sus orquestadores y esclarecer sus intenciones? No existe predicción numérica alguna de ello. La historia, a pesar de sus manuales, no puede concebirse como una sucesión de hechos que, al ser considerados relativamente trascendentes, son enumerados y retratados, como si en su relato no se escurriera la pluma de quien relata y la pericia de quien elige qué sucesos merecen un lugar en los anaqueles ilustrados de los enciclopedistas. Sin embargo, la imprecisión predictiva no nos impide sugerir que el sujeto político no debería dudar en afirmar que, cada vez que la historia sea negada, él deberá acudir declarando su existencia histórica y su deber ser en ella. La respuesta será entonces, una y otra vez práctica; una y otra vez política; una y otra vez histórica. Cada vez que la dominación pretenda llegar a una hegemonía absoluta tal que le permita afirmar que la historia ha llegado a su fin, el sujeto deberá resurgir para afirmar su existencia, para desmentir su muerte, para desafiar esa dominación, para motorizar la historia, para poner en duda cada vez que haga falta, el valor de la libertad.

La afirmación de Fukuyama que sostiene el fin de la historia en la hegemonía liberal del mundo, debe ser tomada como una expresión de deseo y, a su vez, como una provocación que motorice la acción del sujeto histórico. No obstante, su farsa no debe persuadirnos a no tomarla seriamente para comprender su propósito y sus alcances ideológicos. Compartimos algunas de las referencias de León Rozitchner al “materialismo idealista” de Fukuyama:

“Fukuyama, con su fría razón que mata, excluye de su análisis la densidad carnal que mueve al hombre y que también circula en el afecto, para pensarlo sólo como una forma reducida a los apetitos que sus mercancías y el consumismo satisfacen” (Rozitchner 2015a: 372).

Así, mediante su prosa irónica, Rozitchner nos devela que no casualmente Fukuyama ha omitido de su análisis la materialidad histórica del sujeto y de lo colectivo, donde el sentido y la verdad de la historia se ponen en juego (Rozitchner 2015a: 372). Lo que podría parecer una imprudencia teórica es, en realidad, una decisión política: ¿Acaso no son, esas omisiones, un silencio voluntario, una intención no explicitada por silenciar al sujeto, una intención hegemónica de la dominación? La respuesta afirmativa a esta pregunta aparece en el acto reflexivo de Rozitchner cuando desenmascara al sujeto idealista en su propio rol histórico al afirmar el fin de la historia. Fukuyama es, en este sentido, la pluma idealista del Departamento de Estado de la potencia mundial que pretende afirmar su hegemonía en la definición de un mundo unipolar eterno. Pretende dejar atrás la posibilidad de que alguien juzgue ese orden mundial, pretende borrar la historia,

supone suprimir la resistencia y proclamar su dominio. El fin de la historia es un descarado llamado a la resignación de las naciones y del sujeto para que asuma el orden del mercado y su hegemonía total. El fin de la historia es un intento más por arrodillar al sujeto e invitarlo cordialmente a prescindir de todo apetito y deseo que escape a la lógica hegemónica de una forma particular de ser del individuo, su forma liberal en tanto sujeto de mercado. La sujeción del sujeto se halla en la mercancía, tanto en la externa como la que él mismo es; su libertad se limita, tan solo, a sus posibilidades de consumo. No es casual que Fukuyama se apoye en la dialéctica del amo y del esclavo expresada por Hegel en su *Fenomenología del Espíritu*. Menos casual es recurrir a la interpretación materialista de Kojève sobre aquella obra. Mediante su pericia interpretativa, esquivando las pulsiones afectivas del sujeto, no sólo proclama el fin de la historia, proclama también el fin del sujeto. El deseo, en esta parábola casual que realiza su interpretación, se reduce al consumo; el sujeto se reduce a la mercancía, a la producción de otras mercancías y a su apetito de consumir.

La pretensión de Fukuyama por dar por cerrada la historia y eliminar al sujeto para reducirlo a su condición de homo economicus no es más que la pretensión de naturalizar la dominación que posee todo sistema de dominación. La forma que Fukuyama encuentra para eliminar al sujeto histórico en su capacidad práctica transformadora del mundo es posarse sobre la lucha por el reconocimiento que desarrolla Hegel como motor de la historia. Reduce, de esta forma, la lucha por el reconocimiento en las democracias liberales a competencias efímeras, a deseos consumistas, a formas de lucha que nunca llevarán a la muerte y que nunca ponen en riesgo la vida. En primer lugar, resulta cuanto menos llamativo -para no decir cínica-, la falta de referencia y la exclusión de su análisis de las formas bélicas de imponer la dominación en el mundo por parte del hegemón al cual su pensamiento y participación política adhieren. Su análisis maniqueo nos oculta algo, nos niega su violencia; al no decirlo, oculta formas sangrientas de dominación, de exclusión y de sometimiento. Nos presenta un globo impoluto con territorios grises y pueblos vedados junto a su porvenir. Los silencios cansan, no hacen más que hacer crecer la violencia y el cinismo en el ocultamiento de los propios actos de dominación. El hegemón, en su relato consagra su sistema de dominación poniéndolo en el pedestal del orden global manifestando que ha concretado la paz perpetua. Rozitchner (2015) nos advierte que no existe ruptura, sino continuidad, entre la política y la guerra.

En segundo lugar, su consideración sobre las formas de darse de la lucha por el reconocimiento es, cuanto menos forzada -para no decir invilizada-. ¿Por qué tanto esfuerzo teórico

por reducir al “hombre” moderno tan solo a las esquilas de su racionalidad? ¿Es acaso necesario proclamar la muerte thymótica de la especie para indicar las formas por las cuales la democracia liberal logra canalizar mediante “la política” la relación amigo-enemigo inmanente del ser humano que se expresa como “lo político”? Volveremos sobre este interrogante habiendo primero desenmascarado al bribón que, entre tantos artilugios filosóficos, creyó haber confundido al rey y, con él, a sus siervos.

En síntesis, el idealismo pre-marxista de Fukuyama sostiene, sobre la afirmación hegeliana, que “todo lo racional es real, todo lo real es racional” (Rozitchner 2015a), que la única forma de existencia del individuo es aquella determinada por la hegemonía del liberalismo capitalista. En palabras de nuestro autor (2015a):

“Fukuyama logra demostrar, a su manera, que para él, y para la política del Estado norteamericano, y para el liberalismo, “todo lo real es racional”. Y es cierto: lo consigue con sólo acomodar la lectura de la realidad triunfante que nos propone con su astucia el liberalismo: “Todo lo racional (que es la razón del capitalismo) es real”. Claro está que para lograrlo hace lo mismo que Marx le criticaba a Hegel: oculta la violencia y el terror armado que mueve sus ideas, y también la alienación política y económica de los sujetos así sometidos a las “leyes” del sistema” (p.376).

Claro está que la trascendencia de la obra de Fukuyama (1992), *El fin de la historia y el último hombre*, ha debido su éxito difusivo a la hegemonía neoliberal durante los años 90', instalada tras la crisis del modelo de bienestar y el fin del mundo bipolar. En otras palabras, como ya se ha mencionado, corresponde y coincide con la implantación de un nuevo proyecto de hegemonía mundial. Consecuentemente, la obra de Fukuyama se establece como el correlato de la hegemonía neoliberal en el plano teórico e ideológico y que, a los fines reflexivos de este ensayo, no resulta más que una provocación que nos permite pensar el lugar que le cabe al sujeto contemporáneo.

### **Pensar la resistencia**

Una vez más, como si se tratase del sentir de unos críos, la negación convoca a nuestra pulsión rebelde para comprender y ocupar un lugar en eso que se nos presenta como acabado, como inexistente. Una vez más, la negación de la historia debe provocar una respuesta de afirmación. Si las sociedades pretenden ocupar otro lugar que no sea el que el mercado le impone en su lógica de homo economicus, deberá pues, desentrañar la historia, desnaturalizar la dominación y hacer surgir al sujeto histórico que propone una existencia emancipatoria, una forma de ser necesariamente distinta a la que la dominación le impone. De no ser así, el individuo, en su disciplinamiento, deberá hacerse cargo de su condición de sujeto histórico. Ya no desde su acción transformadora, sino por el contrario, desde su condición perpetuadora.

Quizás en este punto sea pertinente traer a colación algunos fragmentos de la obra de Etienne de La Boétie, uno de los primeros autores en poner en evidencia y preguntarse, en algún sentido, por las formas de internalización del poder y las formas de dominación. tal vez, *El discurso de la servidumbre voluntaria*, no sea más que uno de los tantos numerosos intentos por responder a preguntas que tantas veces se nos presentan como inentendibles: ¿Cómo es plausible que se permita la tiranía? ¿Qué es lo que hace posible la sumisión? ¿Qué lugar ocupan los sometidos en ese sometimiento? ¿Acaso no son los mismos sujetos quienes posibilitan la dominación?

La conclusión de Etienne de La Boétie (2008), es aún más aguda, más crítica y más contundente que los interrogantes arriba formulados:

“(…) si un país no consintiera dejarse caer en la servidumbre, el tirano se desmoronaría por sí solo, sin que haya que luchar contra él, ni defenderse de él. La cuestión no reside en quitarle nada, sino tan sólo en no darle nada(…). Son, pues, los propios pueblos los que se dejan, o, mejor dicho, se hacen encadenar, ya que con sólo dejar de servir, romperían sus cadenas” (p. 48).

De esta forma La Boétie sigue intentando -desafiante-, abrir los ojos de los sometidos mostrándoles el motivo de su sumisión:

“Es el pueblo el que se somete y se degüella a sí mismo; el que, teniendo la posibilidad de elegir entre ser siervo o libre, rechaza la libertad y elige el yugo; el que consiente su mal, o, peor aún, lo persigue. Llego ahora a un punto que, creo, es el resorte y el secreto de la dominación, el sostén y el fundamento de la tiranía (...) Siempre han sido cinco o seis los confidentes del tirano, los que se acercan a él por su propia voluntad, o son llamados por él, para convertirse en cómplices de sus crueldades, compañeros de sus placeres, rufianes de sus voluptuosidades y los que se reparten el botín de sus pillajes. (...) Estos seis tienen a seiscientos hombres bajo su poder, a los que manipulan y a quienes corrompen como han corrompido al tirano. Estos seiscientos tienen bajo su poder a seis mil, a quienes sitúan en cargos de cierta importancia, a quienes otorgan el gobierno de las provincias, o la administración del tesoro público, con el fin de favorecer su avaricia y su crueldad, de ponerla en práctica cuando convenga y de causar tantos males por todas partes que no puedan mover un dedo sin consultarlos, ni eludir las leyes y sus consecuencias sin recurrir a ellos. Extensa es la serie de aquéllos que siguen a éstos. El que quiera entretenerse devanando esta red, verá que no son seis mil, sino cien mil, millones los que tienen sujeto al tirano y los que conforman entre ellos una cadena ininterrumpida que se remonta hasta él (...) En suma, se llega así a que, gracias a la concesión de favores, a las ganancias, o ganancias compartidas con los tiranos, al fin hay casi tanta gente para quien la tiranía es provechosa como para quien la libertad sería deseable” (p. 68).

¿A qué refiere la crudeza de La Boétie sino a la forma por la cual se estructura la dominación y la forma en que se legitima ésta, junto a la sumisión? Ahora bien, ¿Cómo se internaliza la dominación en el sujeto sometido cuando el “provecho” se presenta cada vez más distante, las desigualdades más tajantes y la exclusión más imponente? ¿Cómo devanar las “redes” cada vez más colosales de la dominación globalizada, cuando su magnitud y su fortaleza es tan inquebrantable que ante cualquier movimiento sospechoso del sujeto, éste se vuelve presa y se pone en evidencia su fragilidad? Ya no es solo la muerte la que aparece como impedimento de la acción, el miedo también se atisba en la amenaza de caer al vacío. Es el temor a la mismísima exclusión.

Indagar en la dominación y sus violencias supone un acto de audacia, pero también de inteligencia, no solo individual, sino también de ejercicio colectivo. La emancipación no puede ser nunca un ejercicio individual, por ende, no podrá ser nunca una máxima liberal. En palabras de Rozitchner (2015a), “escribir sobre la violencia implica una toma de partido, no es un acto inocente (...) Uno siente soplar en la mejilla el aliento de la amenaza: alguien nos espía mientras estamos escribiendo” (p.379).

Hoy, en nuestras democracias liberales, nuestro punto de partida, como bien señala Rozitchner (2015a) es pensar en las formas de responder por parte del sujeto, a “la violencia capitalista que se ha dado las condiciones pacíficas de su dominio luego de haberla ejercido” (p. 380).

Tras casi tres décadas de estas reflexiones publicadas en *Página 12*, el punto de partida sigue siendo el mismo, quizás solo deba señalarse que esas formas “pacíficas” de violencia del capitalismo no pueden prescindir, a pesar de su eficiencia, de otras formas de violencia no pacíficas: bélicas, represivas, tortuosas, de hacinamiento, de exterminio, etc. Unas y otras hacen posible un sistema global de dominación, se superponen, se alternan, se retroalimentan, se articulan y se localizan de tal forma que aíslan las alteraciones del poder al punto tal de volverlas, en apariencia, vanas e inocuas. Quizás la monopolización de los medios de narrativa sea la mayor herramienta de nuestros días en cuanto a la violencia pacífica. Aquella que permite el aislamiento de los conflictos entre sí, que los enjaula en sus naciones, en sus miserias, que los empequeñece a sus demandas dispersas; aquella que los hace evanescentes, casi a voluntad.

Las palabras de Rozitchner resuenan como advertencias a errores reiteradamente cometidos. El sujeto no debe caer en la exacta respuesta violenta que la dominación espera de él, y de la cual la dominación sabe salir victoriosa y a la vez legitimada. Es necesario pues, en palabras de Rozitchner (2015a):

“Pensar esa violencia, impotente y contenida, para darle un cauce diferente. Evitar que caiga en las trampas de una respuesta organizada con el modelo de quienes ejercen la violencia desde las instituciones represivas, y fuera de eso nada. No creer entonces que la construcción de un poder colectivo consiste en el ejercicio de los enfrentamientos armados” (p. 380).

### **Reflexiones sobre la resistencia a la violencia neoliberal y “la toma del poder”**

Ahora bien, es menester advertir contra que violencia lidiamos, en qué contexto y con qué recursos, para no confundir las respuestas y los horizontes de la acción. Coincidimos con Rozitchner cuando afirma que en las democracias liberales de occidente, el capitalismo prolonga en la política la misma violencia ofensiva, la misma guerra que estableció durante las dictaduras. De más está decir que sus formas, sus métodos, sus normas y sus mecanismos, no son iguales, no son lo mismo.



A la luz de la historia, agregaremos que el neoliberalismo en sus ansias de dominación puede prescindir y optar por cualquier forma de régimen político. En otras palabras, el neoliberalismo solo será democrático mientras ese régimen le permita su dominación. No tiene prurito alguno en el uso de la violencia -cualquiera sea su tipo-, para imponer la dominación. Como bien expresa Rozitchner: "la política y la guerra no son sino dos modalidades de una única y misma finalidad común: el dominio de la voluntad popular; considerada como el enemigo a sojuzgar"(2015b: 36).

Así, en otro de sus textos nuestro autor sostiene esta continuidad entre política y guerra en la política neoliberal:

"El objetivo de dominación en la política neoliberal es, pues, el mismo que durante el terror genocida. Sólo que para lograrlo se recurre a otros medios: se sigue dominando a la voluntad popular, considerada como enemiga, pero ahora con la apariencia de los medios pacíficos. Una vez impuesta la experiencia del terror, la fuerza bruta y directa se hace ya innecesaria, y los mismos objetivos de la dictadura se mantienen y se profundizan en la paz civil: quedó como una huella indeleble en cada cuerpo. Sigue estando allí, presente, como fundamento de las conductas ciudadanas" (Rozitchner 2015a: 248).

En este sentido, las formas de violencia se suceden entre la guerra y "la política". Volviendo a las formas de dominación bajo la democracia neoliberal, retomamos las reflexiones de Rozitchner (2015a):

"Toda democracia se abre como campo político viniendo desde una guerra anterior que alcanzó una tregua, es decir que hubo vencedores y vencidos. La política es ese campo de tregua donde, al parecer, los conflictos que en ella se prolongan deben resolverse por otros medios, es decir por medios pacíficos. Pero somos tratados, en el campo de la paz política, como un enemigo vencido. Las "indemnizaciones" impuestas a los derrotados, o el pago de la deuda externa mediante el apoderamiento de nuestros bienes nacionales, forman parte de una misma modalidad de dominio: el vencido debe pagar su tributo, su botín de guerra" (p. 381).

No casualmente, casi 30 años después de la publicación de este artículo, las formas en las que se ha ido encubriendo el dominio y sus violencias en formas pacíficas son cada vez más palpables gracias a la visibilización constante de ellas por parte de sujetos políticos colectivos que resisten, que luchan y que exponen la trama continua de la violencia. En el proyecto neoliberal, sea cual sea la forma de imponer su dominación, continúa incesante aquel programa económico de gobierno que Rodolfo Walsh (1977), tan precisamente, denunciara como *miseria planificada*. Quizás en el engaño de la alternancia propia de nuestro régimen democrático, los vencidos siguen pagando su tributo entre deuda y deuda tomada en su nombre pero en beneficio de otros tan ajenos como los intereses que representan -tanto en su origen como en su destino-. Esos préstamos que son invisibles a los ojos del bienestar social.

Sin embargo, pensando en la enorme deuda adquirida por el gobierno macrista que no es más que la repetición de la historia como farsa -al menos en términos económicos-, de lo que fuera la

tragedia de la dictadura cívico militar. ¿Es acaso factible pensar en un gobierno que no reconozca la deuda, que denuncie su origen espurio? ¿Es plausible reconstruir un modelo productivo que incorpore a las víctimas de la marginación neoliberal sin reconocer la deuda adquirida por esta gestión, sin aceptarla y reestructurarla? ¿Cuál será el precio de una nueva tregua? Interrogantes que quedan flotando en el denso aire que construye el neoliberalismo y que no por complejo debe justificarse nuestra inacción ante el mismo. Sin dudas, tras la crisis de la deuda y la incapacidad de las administraciones neoliberales por sortear tantos escollos, todos los gobiernos progresistas que han surgido como alternativas en América Latina a principios de este siglo, se han tenido que plantear este interrogante e incluso ir más allá. ¿Será posible llevar a cabo un proyecto equitativo en materia de distribución de la riqueza conservando las reglas de nuestras repúblicas liberales diseñadas en el siglo XIX y siguiendo los preceptos de los mismos países que nos colonizaron?

Las respuestas políticas a este interrogante han sido por demás diversas, tanto como sus contextos, sus voluntades y sus obstáculos. Cada proceso emancipatorio, no puede escapar a las condiciones particulares -históricas, culturales, económicas, políticas y sociales-, en las cuales se afirman las estrategias emancipatorias. Esta afirmación que aparece como obviedad, no puede ser olvidada en cada paso dado por un proceso político de transformación, para no confundir tácticas y para no equivocarse en estrategias. Llevar a cabo un proceso emancipatorio obliga a imaginar el yugo y pensar las formas con las cuales se debe desandar las violencias que rigen en la sociedad en cuestión. Y “no podemos hablar de la violencia si previamente no hemos reconocido de qué violencia hablamos” (Rozitchner 2015a; 380). A su vez, la emaciación supone la organización estratégica de las respuestas hacia esas violencias, la articulación de fuerzas a las cuales, como dice Rozitchner (2015a), “debe dárseles un cauce diferente”:

“Pensar esa violencia, impotente y contenida, para darle un cauce diferente. Evitar que caiga en las trampas de una respuesta organizada con el modelo de quienes ejercen la violencia desde las instituciones represivas, y fuera de eso nada. No creer entonces que la construcción de un poder colectivo consiste en el ejercicio de los enfrentamientos armados” (p. 380).

Pareciera que la historia sigue incesantemente repitiéndose. Sin embargo, algo hemos aprendido de los procesos revolucionarios y nacional-populares del siglo XX, de las sangrientas dictaduras y de las largas proscripciones a la voluntad popular. Tales procesos deben, necesariamente, optar por la vía pacífica de construcción de un poder transformador. Una vez más, las reflexiones de Rozitchner resultan esclarecedoras para comprender porqué es estratégicamente desacertado recurrir a algún tipo de violencia como forma de construir una alternativa al poder real:

“Las categorías que ordenan el campo político de quienes pretenden realizar una revolución no pueden apoyarse en las mismas categorías de acción que organizan la represión de la política oficial. Cada muerte

que la izquierda produce, regulada aún por la fantasía lógica del duelo, se inscribe sólo en el campo simbólico de la “representación” de la guerra, porque ese simbolismo destructivo no tiene campo propio en el cual inscribir la realidad de lo que quiere significar: no destruye al sistema ni construye una opción” (Rozitchner 2015b: 176).

Debemos pues, robustecer los principios democráticos para construir un sujeto tal que haga posible disputar el poder para luego transformar sus estructuras neoliberales. Debemos aprovechar esa “tregua que el poder represivo nos concede” (Rozitchner 2015b: 36), elevar la política como principal elemento de transformación, sin perder de vista la tensión y la continuidad siempre existente entre la guerra y la política.

En este sentido, eliminado del horizonte emancipatorio la posibilidad de la toma del poder por las armas, la invitación que nos hace Rozitchner de pensar ese “cauce diferente”, se vuelve pertinente pensar de qué forma y por qué medios se llevarán a cabo los objetivos emancipatorios. En definitiva, la pregunta por las virtudes del Estado como herramienta de transformación, así como por sus límites, escarba en las contradicciones de las estructuras institucionales de poder. En este sentido, “conquistar” el Estado para transformar la realidad social, no puede escindirse de ciertos preceptos que, desde el gobierno y en el ejercicio del poder, quizás se suelen olvidar. En primer lugar, ganar elecciones no supone la conquista del Estado, por ende, todo proceso emancipatorio debe partir de un diagnóstico certero de las estructuras estatales y de los actores que en ella conviven y los intereses que se articulan y se disputan en él. En segundo lugar, todo proceso emancipatorio desde el gobierno, debe comprender que la gestión del Estado no resulta en la conquista del poder, ni de la estructura misma del Estado ni mucho menos de los poderes fácticos que escapan al mismo. En tercer lugar, una transformación de las estructuras de poder no puede llevarse a cabo sin generar, simultáneamente, la correlación de fuerzas necesaria para sostener tal transformación. En cuarto lugar, una transformación de las estructuras de poder debe tener en cuenta a qué punto puede llegar la discusión por la desarticulación de los privilegios de parte de la sociedad para lograr una sociedad menos desigual.

En otras palabras, quizás uno de las mayores falencias de los procesos progresistas que han llevado a cabo políticas redistributivas de la riqueza, haya sido la incapacidad de pensar un proyecto sustentable en donde la discusión por las pautas sociales de consumo, no pueda negarse. Quizás García Linera, vicepresidente del Estado plurinacional de Bolivia, sea quien mejor expresa esta dificultad de los procesos progresistas. Según García Linera, uno de los mayores problemas de los procesos revolucionarios y progresistas latinoamericanos es la aplicación de políticas redistributivas sin politización social y sin reformas morales. En otras palabras, una transformación cultural y una

transformación del sentido común y de las pautas de consumo resulta fundamental para hacer sustentables y dar continuidad en el tiempo a estos modelos de desarrollo redistributivo, sin crear “una nueva clase media, con capacidad de consumo, con capacidad de satisfacción, pero portadora del viejo sentido común conservador” (García Linera, 2016).

Estas reflexiones que hemos esbozado, encuentran cierta similitud con las advertencias propiciadas por Rozitchner (2015a):

“(…) hay dos formas por lo menos de vivir en democracia y ejercerla hasta el extremo de lo que ella hace posible. Si, como está de moda, separamos a la democracia de la guerra y de la violencia, que sigue siendo el fundamento de su ejercicio, permaneceremos dentro de la aceptación de los límites que nos traza su violencia callada; la violencia cuyo origen y permanencia no denunciamos, no desaparece por no mentarla. Haremos y seguiremos haciendo lo que hacen nuestros políticos liberales: aceptar el límite que el sistema de dominio les impone, y quedar instalados en el posibilismo: toda demanda popular sería un riesgo. Pero sabemos y comprendemos que es posible que esta realidad miserable y filtrada por el terror se transforme. Si conocemos la contundencia del sistema que enfrentamos, y no nos hacemos ilusiones, sólo queda una sola cosa: ir consolidando, como único camino, una energía colectiva nueva, quizá lenta, no instantánea. Buscar la creatividad política en la fuerza y la potencia de los cuerpos conglomerados y reconocidos que la forman, ayudar a construir un poder diferente al del terror que domina la subjetividad dispersa de cada ciudadano distanciado y desolado, mudo e impotente. De ese poder de vida que está, aunque temido para cada uno, en cada cuerpo de hombre” (p. 384).

Escritas en distinto tiempo y lugar, las opiniones de ambos autores comprometidos con el pensamiento y la praxis emancipatoria, parecieran indagar en el mismo problema y llegar a conclusiones similares. Ambas advertencias resultan complementarias en la comprensión de la inmensa labor que presenta el sujeto emancipatorio. La fundamental transformación cultural y por el sentido común que permite la continuidad y la sustentabilidad de los procesos equitativos que propone García Linera, no puede escindirse de la comprensión del límite que el sistema de dominio impone, como dice Rozitchner. A su vez, pensar en una transformación social de tal magnitud requiere comprender su lentitud, las contradicciones, las dificultades y las respuestas que conllevan. Siguiendo con las advertencias de León Rozitchner, un diagnóstico correcto del “sistema que enfrentamos” y de las transformaciones necesarias, nos pone de frente, ni más ni menos, con la tarea de enfrentar la subjetividad atomizada del individuo de hoy y sus formas de reproducción. Aquí es donde entra en cuestión el colosal rol que hoy ocupan las redes sociales y los medios masivos de comunicación, circunstancia que los hace merecedores de una atención particular y primordial. Vale la pena traer a colación las contundentes palabras de Rozitchner con respecto a la función que cumplen los medios en la reproducción de la subjetividad atomizada como elemento de dominación:

“La destrucción masiva del aparato psíquico en cada sujeto es el objetivo de la sociedad del espectáculo, nueva tecnología de dominio político bajo la apariencia declarada del entretenimiento. En

efecto: los medios nos entretienen, calman nuestros furores, nuestras expectativas, impiden que la inquietud permanezca o se desarrolle. Nos entretienen: permiten que el tiempo pase como si toda la vida fuese un juego de adultos añiados.

Allí donde domina lo espectacular de la destrucción humana y se difunde, la muerte y la desolación misma es un espectáculo. La cultura del espectáculo intenta disolver todos los matices de la vida en estrategias de ocupación de la subjetividad asolada y vencida en su curiosidad misma” (Rozitchner 2015a; 391).

### **La guerra y la política, “lo político y “la política”**

Nos encontramos en condiciones de afirmar, contra la idea de Fukuyama acerca de la muerte thymótica del hombre contemporáneo, que la canalización de los conflictos por vía de las estructuras democráticas liberales -en contraposición a las formas de violencia ofensiva de la guerra-, no supone el fin de la historia. Por el contrario, la política se torna la forma precisa de transformar esas estructuras liberales y tiende a ser el puntapié inicial para construir Estados democráticos escindidos de los principios “liberales”. El objetivo pues, es precisamente, la “democratización de nuestras democracias” como alega Chantal Mouffe.

La naturalización de la dominación a partir de una visión “pospolítica” de la historia -de la cual Fukuyama es tan solo un exponente-, es desafiada de forma certera por Chantal Mouffe (2011). La autora demostrará que no es cierto que tras el triunfo del “mundo libre” sobre el comunismo y el debilitamiento de las identidades colectivas, sea posible plantear un mundo “sin enemigos” en donde, mediante el consenso y el diálogo puedan resolverse los conflictos bajo la universalización de la democracia liberal y su horizonte cosmopolita pacífico y próspero (Mouffe 2011: 9). ¿Por qué acudir aquí a su obra? En primer lugar porque en ella se explicita la intención antipolítica por negar la dimensión antagonista constitutiva de “lo político” (Mouffe 2011:10). En segundo lugar, porque a pesar de las diferencias epistemológicas y teóricas de las que parte su análisis respecto a la obra de Rozitchner, sus aportes nos permiten pensar en los horizontes emancipatorios en cuestión y nos otorgan otro enfoque para pensar en la irreductibilidad del conflicto y la perseverancia de la confrontación. En este sentido, su análisis nos faculta a vislumbrar, al igual que lo hicimos con Rozitchner, que la negación del antagonismo no es más que la naturalización de la dominación, la intención de afirmar que no hay otro orden posible, que no hay otra forma factible de democracia que escape a su forma liberal. La negación de la condición antagonista de “lo político” no es más que el intento por ocultar que “(...) la política y la guerra no son sino dos modalidades de una única y misma finalidad común: el dominio de la voluntad popular; considerada como el enemigo a sojuzgar” (Rozitchner 2015b: 36).

Retomando la teoría de Carl Schmitt, Mouffe sostiene que hay una distinción crucial entre “la política” y “lo político”. “La política” -referida al nivel óntico-, tiene que ver con las prácticas de la

política convencional, mientras que “lo político” -referido al nivel ontológico-, tiene que ver con la forma adversarial en la que se instituye la sociedad (Mouffe 2011: 16). En este sentido, “lo político” refiere a la dimensión antagonista sobre la cual se constituyen las sociedades humanas, mientras que “la política” refiere al “(...) conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana en el contexto de la conflictividad derivada de lo político” (Mouffe 2011: 16).

A partir de esta distinción, podemos afirmar que son dos los engaños en los cuales pretenden hacernos caer los pregoneros del fin de la historia y del mundo pospolítico: el primer engaño niega la dimensión antagonista, busca fundamentar la represión o expulsión de todo aquello que se presente como distinto. El segundo, pretende naturalizar las estructuras de un determinado orden (la democracia liberal), como única forma de canalizar los conflictos. El primer movimiento permite la exclusión del sistema de demandas que el poder no pretende canalizar, mientras que el segundo movimiento impide la canalización certera de ciertas demandas que al poder no le interesan: las menciona, las reconoce, pero las burocratiza de tal forma que terminan inatendidas. El primer movimiento, invisibiliza; el segundo excluye a partir de la simulación de la inclusión. De esta forma, Chantal Mouffe nos advierte sobre las trampas y el engaño pospolítico, al igual que Rozitchner sostiene la existencia de una “apariencia pacificada”. En este sentido, la democracia que se nos ofrece -y que se nos impone- aparece, afirma Rozitchner (2015a):

“(…) como una situación social de tregua, de equilibrio inestable por lo tanto, lo hacemos para romper la apariencia política que separa a la democracia de su propio origen: la violencia apaciguadora del terror que la funda. Porque esa violencia persiste, aunque disimulada, en la admisión formal de la voluntad mayoritaria: los ciudadanos se limitan a emitir pasivamente el voto. Se implanta entonces en la democracia el reino de la apariencia pacificada, ahora sin resistencia. La separación entre política y guerra, entre dictadura y democracia, se corresponde con la escisión de la conciencia de los hombres que el terror había instaurado junto con su amenaza, y acentúa en ellos la división tajante entre espíritu y materia, entre alma y cuerpo” (p. 243).

Entre las visiones de Mouffe y Rozitchner, queda acaso flotando tensamente la respuesta a la pregunta por la posibilidad de una democracia distinta a la existente, una democracia emancipatoria.

Una vez más, el poder y la dominación, ocultan su violencia. ¿Cómo negar el peligro de la historia entonces, de su revisión, de su perseverancia y de su existencia? ¿Cómo no insistir, una y otra vez, en darla por muerta? La dominación es consciente del peligro de la historia. He aquí su perseverancia por eliminarla, por ocultarse a sí misma borroneando sus violencias, negando todo orden alternativo. como nos advierte de forma exquisita Walter Benjamin (1940), la dominación es consciente de que:

“(…)El pasado lleva consigo un índice temporal mediante el cual queda remitido a la redención. Existe una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra. Y como a cada generación que vivió antes que nosotros, nos ha sido dada una flaca fuerza mesiánica sobre la que el pasado exige derechos (...)” (p. 2).

A pesar del esfuerzo por dar por muerta la historia, la dominación, a ésta se le teme: se teme a su vivacidad, se teme a su fuerza mesiánica. Por ende, el sujeto histórico, no puede, en su proyecto emancipatorio -cualquiera sea-, darse el lujo de prescindir de la historia, realidad a la que la dominación teme, quizás como a pocas cosas. Es por eso que al inicio de este ensayo señalamos la necesidad del sujeto contemporáneo por hacerse cargo del tiempo. Ahora bien, ¿cuáles son los impedimentos del sujeto contemporáneo para su emancipación? ¿Cuáles son las virtudes de este sistema de dominación? Parafraseando a La Boétie, decimos: ¿Cómo ha logrado este sistema de dominación que “el hombre” anhele su servidumbre?

### **De los desafíos del sujeto emancipatorio y la internalización del poder**

Más allá de la intención de Fukuyama de dar por muerto al sujeto histórico por haber reducido la “lucha por el reconocimiento” a formas “no violentas” que sin lugar a dudas no ponen en juego su vida (en las democracias liberales por supuesto, y solo dentro de ellas), no deja de ser cierto, sin embargo, que el miedo -sea a la muerte, sea a la pérdida de capitales de cualquier tipo en el sentido bourdieuano del término, sea a la exclusión, sea al simple señalamiento-, se ha vuelto uno de los mecanismos de dominación más eficientes internalizados en el sujeto.

Sin duda alguna, haciendo referencia al pensamiento crítico y práctico de García Linera, hemos referido a los desafíos morales, culturales y políticos a los cuales se enfrentan los proyectos de poder emancipatorios. Sin embargo, ¿por qué los desafíos con los que nos topamos, tras haber “conquistado el poder”, son morales y culturales? ¿Qué lugar ocupa la internalización del poder en todo esto?

Una vez más, los aportes de Rozitchner se nos presentan como imprescindibles. Esta vez, en torno a la obra de Sigmund Freud. Recuperaremos sus reflexiones sobre la internalización del poder partiendo de la tesis de Chantal Mouffe quien sostiene que “lo que está aconteciendo en la actualidad no es la desaparición de lo político en una dimensión adversarial” -por el contrario-, “lo que ocurre es que actualmente lo político se expresa en un registro moral” (Mouffe 2011: 12). En otras palabras, el antagonismo -la relación nosotros/ellos-, ya no es definido mediante categorías políticas sino en términos morales, expresados en un enfrentamiento entre “el bien y el mal” (Mouffe 2011: 12-13). Al asumir este supuesto, las reflexiones de Rozitchner sobre la internalización del poder, adquieren una relevancia central para desentrañar los desafíos morales y culturales a los cuales se enfrenta hoy todo proyecto emancipatorio.

Es en el hallazgo freudiano del poder hacia el interior del sujeto donde León Rozitchner inicia sus reflexiones sobre la relación entre subjetividad y poder en base a la necesidad de construir una teoría de la subjetividad:

“Cuando Freud encuentra que la fortaleza con la que el poder nos contiene no está afuera sino sitiándonos desde dentro de nosotros mismos, instalada en el dominio llamado “interior”, organizando con su aparato de dominación nuestro propio “aparato psíquico”, ¿no nos está mostrando los caminos para un análisis del problema de la dominación y del poder que necesariamente tiene que involucrar al sujeto como el lugar donde éste se asienta y también se debate?” (Rozitchner 2015c: 80).

Su intención, no es pues el desarrollo de cualquier teoría de la subjetividad, sino más bien una que pueda dar cuenta de la determinación histórica de la subjetividad. En este sentido, Rozitchner le reconoce a Freud el inicio de esta compleja tarea:

“Es él quien va a tratar de mostrar de qué manera la historia está presente articulando y organizando ese “aparato psíquico”, donde la sociedad se ha interiorizado hasta tal punto en el sujeto que éste aparezca congruentemente integrado dentro de la re-producción del sistema que lo produjo. Que funcione para él y de acuerdo con él“(Rozitchner 2015c: 81).

De esta forma, para Rozitchner, ese “aparato psíquico” es la interiorización de la estructura social en lo subjetivo. Su interés se centra en demostrar cómo el poder y su estructura social, interiorizado en el “aparato psíquico”, nos convierte en individuos adecuados a las formas de dominación del estado (Rozitchner 2015c: 81).

Es principalmente en *El malestar en la cultura* de Freud donde Rozitchner encuentra la incorporación de la dominación en el aparato psíquico. Allí Freud refiere al “sentimiento oceánico” para analizar la evolución del yo. Este sentimiento implica una conexión de uno con el todo y la compenetración de lo interno con lo externo. En este sentido, el principio de realidad en el sujeto -la distinción entre el yo interior y el yo exterior-, surge a partir del displacer en el momento del destete. En segundo lugar, Freud desarrolla el movimiento decisivo en el cual la cultura sustituye el poder del individuo por el de la comunidad. A partir de la internalización de la cultura se regulan los vínculos recíprocos de los hombres a partir del sacrificio de pulsiones, la sofocación y la represión.

Es, sin embargo, en el problema freudiano del Edipo donde Rozitchner encuentra los fundamentos de la internalización de la dominación. Allí se expresa la transacción, en forma de lucha, en la cual se incorpora en la subjetividad la cultura, sus formas históricas de organización social y por ende, también, las formas de dominación. En palabras del autor (2015c):

“Freud encuentra que el dualismo está presente en la estructura del aparato psíquico que la censura separa; que nosotros, en nuestra individualidad, hemos sido organizados como el lugar donde la dominación y el poder exterior, cuya forma extrema es la racionalidad pensante que nos cerca desde adentro y desde afuera, reprime nuestro propio poder, el del cuerpo, que sólo sentirá, pensará y obrará siguiendo las líneas que la represión, la censura y la instancia crítica le han impuesto como única posibilidad de ser: de ser “normal””(p. 96).



En este sentido, el gran descubrimiento de Freud es la existencia de un yo represor. Es decir que el represor no es sólo un aparato externo, sino también su organización en nuestra propia subjetividad, allí donde la dominación se internaliza.

Volvamos al problema del Edipo entonces, donde se halla la explicación del proceso de internalización del poder. Según Rozitchner, en Freud, “el drama del enfrentamiento del niño con las normas aparece bajo la forma de un duelo, es decir de un enfrentamiento por dominar la voluntad del adversario, y por lo tanto de una lucha a muerte” (Rozitchner 2015c: 98). Es en el duelo edípico donde se produce el enfrentamiento entre la prohibición del incesto y del parricidio, leyes básicas de toda formación cultural. Es aquí donde se produce la transacción en forma de lucha donde se internaliza el poder según Rozitchner. El niño quiere lo mismo que el padre: su madre, que es la mujer del otro. La lucha por el objeto del deseo culmina con la prohibición del padre hacia el objeto del deseo del niño. El niño da muerte al padre en su odio por la prohibición pero a su vez lo ama y le da vida en su subjetividad incorporando su ley (Rozitchner 2015c: 100). Las formas en que la internalización del poder actúan sobre el sujeto, son bien definidas por Rozitchner (2015c):

“Si osara pensar e ir más allá de lo que la ley del padre autoriza, aparecerá la angustia de muerte bajo sus tres formas: angustia ante las propias pulsiones, angustia ante el superyó, angustia ante la realidad exterior. Pero la cosa es más sutil. En realidad, antes de que se desencadene la angustia aparece lo que Freud llama “señal de angustia” en la conciencia: señal de que si prosigue pensando en el camino emprendido ésta, la angustia, se desencadenará” (p.101).

Pero, ¿Por qué es tan importante comprender este primer momento de internalización del poder? Porque es en nuestro interior, más que en cualquier otra forma represiva externa que la acompañe, el lugar por excelencia donde el sistema de dominación se hace efectivo. Es, por tanto, en la obediencia en donde la dominación se legitima. Apoyémonos una vez más en las reflexiones de Rozitchner para entender este movimiento fundamental que permite comprender el éxito de la dominación:

“Es precisamente esta agresión, que ahora por culpa dirigimos contra nosotros mismos, la que el sistema exterior aprovecha para mantenernos obedientes a él: utiliza para dominarnos nuestra propia fuerza. Para decirlo de otra manera: el sistema no utiliza sólo el poder de su fuerza para dominarnos, sino también las fuerzas de los dominados mismos.

Las formas objetivas de dominación encontrarán así su ratificación subjetiva, acuerdo “inexplicable” que constituirá su bastión aparentemente inexpugnable, asiento del poder, como si la esencia misma del hombre solicitara, desde dentro de sí mismo, el ejercicio de la dominación” (Rozitchner 2015c: 103).

A esta altura, sin perder de vista la forma en la cual se internaliza el poder en la subjetividad, podemos afirmar que todo proyecto emancipatorio debe ser consciente de la tarea que emprende, que sus implicaciones no son solo materiales sino también culturales, políticas, morales y su existencia se da en el plano subjetivo. No es casual entonces, que si partimos del supuesto de que la

dimensión adversarial de lo político se expresa hoy en el registro moral, consideremos también sumamente importante prestar atención y dar la batalla emancipatoria en el plano de la subjetividad.

### **Reflexiones finales**

Sin lugar a dudas, las dimensiones de este ensayo no nos han hecho posible discurrir en estrategias puntuales y contextualizadas de los procesos políticos emancipatorios. Tampoco ha sido nuestro objetivo. No obstante, los intentos por desentrañar las formas de dominación y de violencia de la hegemonía neoliberal nos han permitido llegar a ciertas advertencias sumamente importantes de las cuales todo proceso emancipatorio debe hacerse eco, más aún si coincide con nosotros en cuanto a las formas emancipatorias pacíficas y mediante la toma del poder (político) por vías democráticas. No asumiendo como impolutas y pétreas las estructuras que nos plantea la democracia neoliberal, sino por el contrario, y a partir de ellas, optar por la crítica y con miras a una transformación de las mismas en la búsqueda de una mayor democratización de las estructuras de poder estatal.

Partimos del reconocimiento del sujeto histórico, de su recuperación y reflexión constante para no caer en las trampas -a veces invisibles-, que nos plantea la dominación. La filosofía crítica, como señala Marx en su *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* debe estar siempre al servicio de la historia en la difícil tarea de descubrir la verdad y desenmascarar las formas de la alienación humana (Marx 2004: 51) Y todo ello, al servicio del sujeto emancipatorio. Este es, en parte, el aporte de este ensayo: la posibilidad de desenmascarar las formas contemporáneas de alienación humana, principalmente bajo las formas de obediencia a la dominación.

Sin embargo, los tiempos que corren nos demuestran que cuando la obediencia a la dominación no alcanza, los medios represivos vuelven a aparecer sin límites ni tapujos en su ejercicio. La dominación neoliberal toma la forma que más le conviene, se disfrazará de revolucionaria incluso si debe hacerlo, quizás esconda sus armas y los uniformes tengan colores vivaces y sus banderas, sus palabras, sus acciones, bien simulan alegría y efervescencia festiva. Lo estamos viviendo y no debemos confundirnos: los rostros sonrientes de los líderes neoliberales del mundo no se opondrán, cuando sea necesario, al uso del aparato represivo del Estado. Muy por el contrario, recurrirán a él con la misma sonrisa de campaña y robusteciendo el sentido común. No debemos confundirnos porque en ocasiones los medios de gobierno parezcan distintos, ya que sus programas económicos no dejan de ser igual de violentos y excluyentes. La guerra aparecerá, una y otra vez, cuando la tregua de la democracia no les alcance, quizás hoy deban hacerlo bajo el maquillaje que le otorgan las instituciones democráticas y frente a los límites y resistencias que

otros actores les imponen. Sin duda alguna, la represión aparece cuando los modelos de exclusión llegan al punto tal en que la resistencia a la obediencia los desborda. No se debe caer pues, en sus mismas reglas de violencia, en la trampa de asumir la postura del enemigo que el poder mismo necesita para su legitimación.

Por su parte, la “toma del poder” no debe confundirnos con las ilusiones mismas que el poder elabora seductoramente. La “toma del poder” es tan solo un medio más del proyecto emancipatorio. El Estado -y desde él-, es tan sólo uno de las esferas en donde los proyectos emancipatorios se libran. Sin lugar a dudas, sin la “toma del poder” estos proyectos no serán posibles, pero sólo a partir de ellos, de seguro no será suficiente. Como ya hemos advertido, ningún proceso emancipatorio puede escapar a las condiciones particulares de todos sus tipos -históricas, culturales, económicas, políticas y sociales-. La comprensión y el análisis de estas condiciones resulta central para la determinación de las tácticas y estrategias de los procesos emancipatorios. La obviedad de esta afirmación se reduce en la revisión de los errores cometidos a lo largo de la historia. Por ende, la revisión histórica de la cual parte el sujeto emancipatorio es central en todo su proceso de configuración de un proyecto político de poder. Las advertencias son claras:

En primer lugar, no debe confundirse nunca la “toma del poder” con la “conquista” de las estructuras institucionales del Estado. Segundo, no debe creerse que, incluso dominando enteramente las estructuras del Estado, se ha tomado el poder. La capacidad incesante de los poderes fácticos contra los proyectos progresistas a lo largo de historia lo demuestra. En tercer lugar, una transformación de las estructuras de poder no puede llevarse a cabo sin generar, simultáneamente, la correlación de fuerzas necesaria para sostener tal transformación. Esto supone, necesariamente, un cuarto punto, que una transformación de las estructuras de poder debe tener en cuenta al punto que llegará la discusión por la desarticulación de los privilegios de parte de la sociedad para lograr una sociedad menos desigual y por ende debe estar acompañada por transformaciones culturales y morales.

Deseamos pues que estas advertencias, junto a las reflexiones esbozadas aquí, sirvan -en algún sentido-, para despertar al sujeto histórico que somos en la difícil pero obligada tarea de hacernos cargo de nuestro tiempo. Tarea que implica recuperar la historia y llevarla al lugar que la convoca el presente. En Argentina, esta tarea no puede escindirse del proceso de lucha por la memoria, la verdad y la justicia sobre los delitos cometidos por la última dictadura cívico militar. Porque es allí donde se expresan, se visibilizan para ser discutidos los “dos modelos de Argentina” como dice Rozitchner en uno de sus últimos escritos recordando la labor de Néstor Carlos Kirchner

al bajar el cuadro de Videla<sup>1</sup>. La amnistía, la impunidad, el silencio y el olvido no suponen más que la perpetuación de la violencia. Cuando refiere al ex presidente, Rozitchner (2010) dice: “Néstor Kirchner no hizo, es cierto, la revolución económica que la izquierda anhela: inauguró –nada menos– una nueva genealogía en la historia popular argentina: “Somos hijos de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo”, nos dijo, abriendo los brazos de una fraternidad perdida”. Es esa fraternidad, esa felicidad y ese amor el que debe seguir rigiendo un proyecto emancipatorio. La recuperación de la historia en nuestro país supone la recuperación de la esperanza por sobre la existencia de un proyecto de felicidad. Y coincidimos con Rozitchner (2010) que en las Madres se encuentran “las premisas históricas y colectivas de nuestro recomienzo”-ya que- “las Madres despiertan en casi todos nosotros la promesa de una felicidad perdida que quedó grabada en el fondo del alma”. Frente al retorno del neoliberalismo a la conducción del Estado en nuestra región, debemos optar por continuar construyendo bajo estas premisas, resistencias, alternativas y esperanzas que pregonen y hagan posible una “sociabilidad distinta”.

---

### **Bibliografía:**

- Benjamin, W. (1940) Tesis de filosofía de la historia. En: <http://www.anticapitalistas.org/IMG/pdf/Benjamin-TesisDeFilosofiaDeLaHistoria.pdf>
- Fukuyama, F. (1992) El fin de la historia y el último hombre. Buenos Aires: Planeta.
- García Linera, A. (2016). Disertación en la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Transcripción de la disertación en:
- <http://www.resumenlatinoamericano.org/2016/05/30/alvaro-garcia-linera-en-argentina-no-hay-revolucion-verdadera-ni-hay-consolidacion-de-un-proceso-revolucionario-si-no-hay-una-profunda-revolucion-cultural/>
- La Boétie, E. (2008) El discurso de la servidumbre voluntaria. Buenos Aires: Terramar Ediciones.
- Marx, C. (2004) Crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Mouffe, C. (1999) El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical. Buenos Aires: Paidós.
- Rozitchner, L. (2015a): “Políticas y estrategias de la subjetividad”, “Fukuyama está triste en el Departamento de Estado”, “La violencia neoliberal del mercado”, “El fundamento represivo de la democracia neoliberal”, en: Escritos políticos. Buenos Aires: Biblioteca nacional.
- -- (2015b): “Prólogo a la segunda edición”, “Del duelo a la política: Freud y Clausewitz”, En: Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política. Buenos Aires: Biblioteca nacional.
- -- (2015c): “Freud y el problema del poder“, en: Escritos psicoanalíticos. Matar al padre, matar al hijo, matar a la madre. Buenos Aires: Biblioteca nacional.

---

<sup>1</sup> Véase artículo completo en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/156626-50240-2010-11-10.html>